

Roger Duchêne, *Mme. de Sévigné ou la chance d'être femme*, Fayard, Paris, 1982

Comentábamos antes el libro de Sylvie Dervin *Les Amants de la Nuit* sobre Mme. de Sévigné y sus eventuales amores con Nicolas Foucquet. La novela incidía sobre una época de la vida de la escritora poco conocida dejando en la sombra los aspectos más representativos de la misma. Roger Duchêne, un especialista en la realización de biografías de personajes relevantes del siglo XVII, tales como Mme. de La Fayette, Ninon de Lenclos o La Fontaine, nos presenta en su obra *Mme de Sévigné ou la chance d'Être femme* (Mme. de Sévigné o la suerte de ser mujer) una versión más completa de la historia de esta fascinante mujer. Visión que conlleva paradójicamente el silencio casi absoluto sobre sus relaciones con Nicolas Foucquet. Roger Duchêne señala que el ministro comprometió en el momento de su desgracia a la marquesa y que ella estaba muy preocupada por las cartas, escritas de su mano, que los esbirros de Luis XIV habían podido encontrar entre los papeles de Foucquet. No obstante, nada o casi nada se sabe de la intimidad de ambos personajes.

Si Sylvie Dervin describe a Mme. de Sévigné como una mujer apasionada y ardiente, al menos en su relación con Nicolas Foucquet, Roger Duchêne insiste en la interpretación, por otra parte propagada por el primo de la marquesa, Bussy Rabutin, que hace de ella una mujer fría, poco dada a los placeres del amor. Mme. de Sévigné prefiere la coquetería, el juego amoroso a la realización sexual. Y ese temperamento se halla en el origen del distanciamiento de su marido, Henri de Sévigné. Tras el nacimiento de su hijo Charles y después de haberle dado anteriormente una hija, Mme. de Sévigné considera haber satisfecho cumplidamente sus deberes familiares y cierra la puerta de sus aposentos a su marido, sin importarle que tal actitud pueda decidirle a buscar las compensaciones que no encontraba en su propio hogar en hogares ajenos. De hecho su muerte se produce a causa de un duelo con uno de los amantes de la mujer que había sustituido en su corazón a su esposa. Ni su hijo ni su hija habían heredado el temperamento frígido de la marquesa. Y les era difícil comprenderla en este campo. Su hija, Françoise de Grignan, desoye los consejos maternos. La marquesa tiembla cada vez que la sabe embarazada y la exhorta a la abstinencia sexual. Françoise comparte el lecho con su marido, lo que conlleva sucesivas maternidades que Mme de Sévigné considera una desgracia.

Roger Duchêne insiste sobre el aspecto en el que incide tradicionalmente la historia literaria, a saber su afecto desmesurado por su hija, la condesa de Grignan. Antes de convertirse en condesa, Françoise-Marguerite fue considerada como "la joven más hermosa de Francia" e

incluso llegó a atraer las miradas de Luis XIV, al que le gustaban las mujeres jóvenes y atractivas. Pero quizá la delicada situación financiera de su madre así como su proximidad con el movimiento de Fronda, hostil al monarca, motivaron que le fuera difícil encontrar un buen partido con el que casarse. Tras cuidadosas negociaciones, se convierte en la tercera esposa del conde de Grignan, hombre que supo proporcionarle el equilibrio y la felicidad que necesitaba.

La marquesa de Sévigné reacciona frente al matrimonio de su hija que conlleva su traslado a la región de Provenza como una madre absorbente, desesperada, dolorosa... que siente por su hija un amor exclusivo y enfermizo que pone en peligro la tranquilidad del hogar de la joven. Su amor se expresa a través de las cartas que dos o tres veces por semana recorren Francia para llevar a la joven el testimonio de su cariño a la vez que la informa de todas las vicisitudes que suceden en la corte.

La privación de la hija tiene como consecuencia el progresivo acercamiento de Mme de Sévigné a la religión en su aspecto más austero. Port-Royal ejerce sobre ella una cierta fascinación que se acentúa con el paso del tiempo. A su muerte la marquesa está muy cerca del desprendimiento jansenista. El mundo y sus tentaciones se alejan de ella y es incluso capaz de renunciar en sus últimos momentos a la compañía de su hija adorada. Muere en el castillo de Grignan, propiedad de su yerno, cuando tenía 70 años.

Duchêne considera que la marquesa de Sévigné le debe a su sexo, al hecho de ser mujer, la oportunidad de haberse convertido en una gran escritora. Su condición femenina le permitió expresarse con fluidez y espontaneidad, inventando su propia retórica en lugar de escribir como los hombres de una forma regular, conforme a los cánones de la época clásica. La sinceridad y el tono cariñoso de sus cartas la aproximan a la sensibilidad contemporánea. Ello le permitió seducir a su hija primero y luego a miles de lectores entre los que se contaba Marcel Proust que profesaba una gran estima y admiración por la inefable marquesa, en la que le parecía encontrar un eco de su abuelo y de su madre.

La vida de Mme de Sévigné transcurre en tres decorados privilegiados. Primero París, la marquesa adora la capital y le parece imposible vivir lejos de ella y de la corte. Luego, Bretaña, en la que su marido poseía propiedades. El castillo de Rochers se convirtió a menudo en el refugio de la marquesa, sobre todo ante los desaires de su marido o en el momento de sus más acuciantes dificultades económicas. El matrimonio de su hija con el conde de Grignan la llevaron a conocer la Provenza. Aunque detestaba esa parte de Francia, porque le robaba a su hija, no pudo escapar de su encanto y en ocasiones nos ofrece a través de su correspondencia una visión idílica de su estancia en la misma. La luz del mediodía y ciudades como Marsella o Aix ejercen su seducción sobre ella. Esos paisajes tan

disparos surgen de la pluma de Mme de Sévigné con toda la fuerza de su arte de escritora y nos ofrece impresiones y descripciones inolvidables. Los lugares se hallan unidos en ella a las emociones. No tienen carácter objetivo, sono que adquieren vida en función de la felicidad que otorgan a sus habitantes o de la emoción que despiertan en su sensibilidad.

Àngels Santa

Jacqueline Duchêne, *Françoise de Grignan ou le mal d'amour*, Fayard, Paris, 1985.

Tal vez el que Françoise de Grignan no haya pasado a formar parte de la historia literaria se deba únicamente a un azar que tomó la apariencia de su hija Pauline de Semiane quien decidió hacer desaparecer todas las cartas de su madre por temor a verlas publicadas y con ello su intimidad expuesta a los ojos del público como sucedió con su abuela.

También Pauline es la responsable de que se destruyeran la mayor parte de las cartas autógrafas originales de Mme de Sévigné, una vez realizada la primera publicación de las mismas con los retoques pertinentes.

Françoise de Grignan escribió casi tanto como la misma marquesa. Para calmar el angustiado y desesperado amor de su madre, la condesa le escribía regularmente un par de veces por semana, coincidiendo con la temporalidad del correo. La marquesa obedecía asimismo a parecida disciplina. Y ello mantenía viva la comunicación entre ambas mujeres.

Conocemos el estilo y algunas de las frases de la condesa porque la madre las recopia en algunas de sus respuestas. Por lo demás, ciertas cartas que escribió a su marido escaparon al afán destructor de su hija Paulina.

Tras la muerte de su marido, la marquesa de Sévigné volcó todo el afecto del que era capaz en sus hijos, sobre todo en su hija Françoise-Marguerite. Aunque no por ello renunció a la vida mundana ni a las amistades masculinas. Le gustaba sentirse deseada, adulada y admirada y pese a que despertar deseos y alguna que otra pasión le producía sin duda una cierta satisfacción, sus contemporáneos piensan que no cedió a las mismas, lo cual tenía la ventaja de conservarles una corte de solícitos admiradores.

Llegado el momento, su principal preocupación radicó en conseguir que su hija contrajese un matrimonio de acuerdo con sus aspiraciones y sus deseos de grandeza.